



ESTUDIO DE LA PENUMBRA

Antología Caja de Letras nº 2. Coordinación de Concha Perea.

Primera edición, agosto de 2021

© De los relatos de sus respectivos autores, 2021

© Prólogo: Concha Perea y Jordi Noguera

Diseño de cubierta de Ediciones El Transbordador a partir de un grabado original del libro *Lehrbuch und Atlas der konservierenden Zahnheilkunde*, de Gustav Preiswerk (Múnich, 1912, Lehmann's Verlag).

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

Depósito legal: MA 839-2021

ISBN: 978-84-123672-4-9

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com

ESTUDIO DE LA PENUMBRA

UNA ANTOLOGÍA FANTÁSTICA
CON TINTES *NOIR*
COORDINADA POR CONCHA PEREA

CAJA
DE
LETRAS



— ANTOLOGÍA CAJA DE LETRAS Nº 2 —

JUAN J. ARANDA - OLGA SANCHIS TEROL
PAU FERRÓN GALLEGOS - PEPE CARABEL
SERGIO MULLOR

ÍNDICE

PRÓLOGO

CONCHA PEREA Y JORDI NOGUERA

P. 5

LAS TRES

JUAN J. ARANDA

P. 11

FLOR DE CEREZO

OLGA SANCHIS TEROL

P. 61

UNA DESAPARICIÓN EN LA FAMILIA

PAU FERRÓN GALLEGOS

P. 110

SIETE VIDAS TIENE EL GATO DE SCHRÖDINGER

PEPE CARABEL

P. 156

EL CASO SOTOGRANDE

SERGIO MULLOR

P. 199

PRÓLOGO

Somos conscientes de que en el prólogo de *Vuelta a la Tierra cercana*, la primera Antología Caja de Letras, empezamos de una manera parecida, pero como fundadores de esta escuela de escritura no podemos evitar sentirnos emocionados, y muy orgullosos, cuando vemos a nuestros alumnos publicar y avanzar en su carrera como escritores.

Esta vez Ediciones El Transbordador nos propuso un reto muy interesante: una selección de cuentos con el *noir* como eje central abordado desde cualquier perspectiva de la literatura fantástica. Pero ¿qué es eso del *noir*, exactamente? Raymond Chandler lo definió en su ensayo *El simple arte de matar* como «la novela del mundo profesional del crimen». En otras palabras, historias sobre las personas que viven gracias a los crímenes que cometen. Eso abre un universo

entero de posibilidades, pero el desafío consistía en mezclar esa idea, tan entrelazada con la novela realista, con el género fantástico.

Permitidnos que nos pongamos en modo docentes; esto es más complicado de lo que parece a simple vista, porque no puedes limitarte a trasladar sin más los tropos de la novela negra realista al universo con el que estés trabajando, ya sea de ciencia ficción o de fantasía. Es imprescindible un ejercicio de adaptación y de especulación para que esas convenciones literarias se mimeticen con éxito y pasen a formar parte del mundo de la historia en cuestión. Pongamos un ejemplo: el detective alcohólico que tiene problemas para pagar el alquiler, vive en su despacho y hace meses que no puede permitirse el sueldo de su secretaria, con la que tiene una relación un poco extraña. Esta imagen funcionaba en los años treinta y cuarenta del pasado siglo, y ha ido evolucionando poco a poco a lo largo de las últimas décadas. Pero no podemos trasladarla directamente, tal cual, a un mundo de fantasía. Para empezar: ¿existen allí los detectives profesionales? En el caso de que así sea, ¿tendrían esa presentación de despacho y secretaria tan del siglo XX y tan machista? Aquí los autores necesitan darle una vuelta al tropo y, tras crear su mundo, ver qué forma adquiriría esa figura en él. Y

ese es, precisamente, el desafío en estos cuentos de corte fantástico: recrear el *noir* en ese nuevo mundo en lugar de limitarse a trasponerlo.

Y, con eso en mente, confiamos en que el lector valorará, sin duda, el magnífico trabajo que han hecho los autores que participan en esta antología.

Juan J. Aranda nació en Algeciras en el 84. En el sur del sur, como le gusta decir. Como trabaja con ordenadores solemos decir que es informático, pero él insiste en que es diseñador de *interfaces*. Empezó en Caja de Letras en 2016 y, desde entonces, ha publicado dos relatos (contando el que tenéis entre las manos) y tiene un tercero en edición mientras escribimos estas palabras. Para nosotros, Juan siempre será nuestro vecino que hacía que Nervión fuera más seguro porque salía a patrullar las calles con Batman (su precioso carlino negro), aunque ahora viva en Madrid.

Olga Sanchis nació en 2001 y, por lo tanto, es la alumna más joven de Caja de Letras. Vive en Valencia y actualmente está estudiando Comunicación Audiovisual. En su tiempo libre se dedica al dibujo, a la fotografía y al rol. Ha participado en dos antologías, contando la presente, y ha escrito guiones para cortometrajes, entrevistas, podcasts, cuñas radiofónicas y spots publicitarios. Y esperamos que su carrera no haya hecho más que empezar.

Pau Ferrón nació en Barcelona en el 81, donde sigue viviendo en la montaña rodeado de un número sorprendente de perros. Su tiempo libre lo divide entre el diseño de juegos de rol, la redacción de módulos y aventuras y la literatura. Desde que empezó en Caja de Letras en 2015 ha participado ya en siete antologías (está será la octava), y además ha publicado tres módulos de rol. Su primera novela en solitario saldrá en 2022, así que estad atentos. Pau, además, es la tercera cabeza pensante del proyecto del juego de rol de TerraLinde en el que llevamos tiempo trabajando y que, esperamos, algún día vea la luz.

Pepe Carabel lleva inventando historias desde que tiene uso de razón y escribiéndolas desde dos días después. Tras publicar su primer relato con dieciséis años en el Zona84 de Toutain, hibernó otros treinta hasta autoeditar su primera novela, *Bienes catastrales*. Su relación con Caja de Letras se remonta a nuestros inicios, y desde entonces ha sido seleccionado para participar en cuatro antologías.

Sergio Mullor nació el 25 de mayo (el Día del Orgullo Friki). Como buen elfo, es coqueto y no quiere compartir su año de nacimiento, sólo que es un elfo solitario, periodista y escritor incansable. Su madre dice que empezó a leer con cinco años y que ya entonces devoraba lo que cayera en

sus manos. Con diez años se compró *El retorno de los dragones*, y un año más tarde *El señor de los anillos*. Después de eso ya nada volvió a ser igual. Además, es el responsable de «Creadores de mundos», la serie de entrevistas a autores y autoras de género que publica en el blog de Caja de Letras. No perdáis la oportunidad de ver su documental «La TerMa» en nuestro canal de YouTube. Esta es su primera antología desde que entró a formar parte de la familia de Caja de Letras en 2018, pero, además de solitario, el elfo es hacendoso, porque sabemos de buena tinta que pronto dará noticias muy grandes.

Y hasta aquí llegan las presentaciones. Ya sólo nos queda una cosa por hacer, dejar paso a lo que realmente importa: los relatos. Esperamos que los disfrutéis tanto como lo hemos hecho nosotros, y quedaos con los nombres de sus autores. Estamos seguros que irán sonando cada vez más. Y preparaos también para el futuro, porque la siguiente promoción de Caja de Letras sube con ganas de comerse el mundo editorial y os podemos prometer que pronto oiréis hablar de ellos.

Concha Perea y Jordi Noguera

LAS TRES

JUAN J. ARANDA

1

Samuel y su madre comenzaron a fumar hachís en la misma época. Él unos meses antes, cuando cumplió dieciséis. Su primo lo llevó a una cafetería en la que les vendían los porros ya liados. En sus primeras caladas no sintió nada hasta pasado un rato, cuando empezó a reírse de todo. Su madre se fumó su primer canuto tres meses después de que le detectasen el cáncer. Alguna vecina le había contado que eso era bueno para los dolores. A partir de ahí, Samuel se encargó de paliar sus males hasta que murió. Era habitual que, los días posteriores a las sesiones de quimio, las vecinas los encontrasen en el sofá del salón riendo entre humos de fumeta.

Su madre le decía que dejase de fumar cuando ella ya no estuviese. Que pensaba que era suficientemente maduro. «Algún día contarás que te fumaste tus primeros porros conmigo. Pero piensa que es diferente que nos fumemos aquí esto, que me quita los dolores, a que vayas por ahí con tus amigos metiéndote de todo. Si te drogas, que sea sólo hachís o marihuana, y con cabeza. Eso es lo importante, Samuel, que cuando yo ya no esté, tengas cabeza».

Sin embargo, cuando la silueta de su madre aún no se había borrado ni del sofá ni de su memoria, Samuel había dejado de comprar para dedicarse a vender. No era gran cosa, vendía a alguna gente del barrio, a sus primos y a sus amigos. Menudeo. Pero a su madre no le habría gustado, eso seguro. Por ese motivo, él le ponía fecha de caducidad. Se estaba preparando unas oposiciones para celador y, mientras tanto, vivía de eso.

El día que le asignaron una plaza decidió que dejaba de vender y que lo que le quedaba se lo fumaría con sus amigos. Pero no lo hizo. Comenzó a trabajar y, meses después, cuando ya consideraba que su nuevo trabajo era estable, decidió, de nuevo, que lo dejaba. Y entonces sí, esa vez sí que sería cierto. Para terminar con el hachís que aún guardaba, organizó una fiesta en su casa que empezaría un viernes y continuaría hasta bien entrada la mañana del lunes.

Se despertó en el sofá de un salón atestado de envases de comida vacía y de otras porquerías variadas. Si hubiese contado lo que había tirado por ahí, se habría encontrado con tres cajas de Telepizza con algunos bordes medio comidos en su interior; varias bolsas de papel del McDonald's llenas de cajas de hamburguesas ya vacías; en el suelo, pegadas a la losa blanca, resaltaban las decenas de manchitas naranjas y negras que habían dejado los Risketos y las gominolas pisadas y requetepisadas; en una esquina había una ingente cantidad de cascos de cerveza de a litro y botellas de Fanta de limón; y ceniceros, y vasos que habían servido de ceniceros. Y chustas y colillas que también, en el frenesí de porreta, habían caído sobre las baldosas. Pero no lo hizo, no lo contó. A decir verdad, cuando se despertó ni reparó en ello. Lo primero que hizo fue encenderse un petardo, que le iba a permitir entender lo que quedaba del lunes.

El primer porro del día era el que más le gustaba. Solía fumárselo en la cama, se incorporaba sobre la pared que hacía de cabecero y se lo encendía. Calada a calada se asentaba en el mundo. Licuaba la realidad para hacerla maleable, consumible. Le permitía afrontar un día más, un lunes más después de un fin de semana más. Lo siguiente era el café. Las últimas caladas las daba justo antes de beber un café negro y aguado. Pero

hoy no había despertado en su cama. Estaba en su sofá desmereándose de los excesos del fin de semana. Hoy sólo tenía tiempo para ducharse. Eran las seis de la tarde y volvía a tener turno de noche en el hospital.

2

Varios días antes, Pablo se había despertado entre sudores cuando la bombilla de su flexo de Buzz Lightyear comenzó a parpadear. Había tenido otra vez la misma pesadilla, llevaba tres días sufriendola y cada vez era más real que la anterior.

Escuchó el timbre: alguien llamaba a la puerta de su casa. En sus sueños recurrentes, ese dingdong desencadenaba una serie de imágenes borrosas que, poco a poco, se habían ido aclarando. En el sueño de hoy, habían sido tan nítidas como el cristal de las gafas de su abuela. Tras escuchar el timbre, su madre abriría la puerta para dejar pasar a lo que parecían tres amables mujeres. Una joven, una anciana y otra de mediana edad que venían a hacer una demostración de unos productos de limpieza. Una vez en la cocina, les ofrecería algo de beber y, mientras lo preparaba, la abuela irrumpiría en la escena con un dedo ensangrentado fruto de un tremendo mordisco que ella misma se había infligido. Su madre gritaría,

la abuela sonreiría y mostraría cómo, entre sus dientes, todavía guardaba el trozo de dedo que antes formaba parte de su mano. Y lo escupiría sobre una mesa desde la que, sentadas, las tres mujeres observarían divertidas la escena. Todo era parte de una pesadilla, todo le parecía muy real.

Escuchó un grito que lo sobresaltó y supo que tenía que bajar a avisarlas. Corrió por la escalera lo más rápido que pudo y se quedó petrificado cuando vio que su madre se encontraba tirada en el suelo de la cocina, como en su sueño. La veía a través del marco de la puerta que daba acceso a la otra habitación. Tenía un golpe en la cabeza, se palpaba la herida y miraba aturdida hacia él. Cuando fue consciente de que su hijo había bajado de su cuarto lo miró y, antes de que pudiese hablarle, su cuerpo desapareció arrastrado por una fuerza que no podía proceder de unos brazos humanos.

Asustado, se dirigió hacia la puerta de la calle y salió de la casa. Ya sabía lo que estaba ocurriendo en aquella habitación. Lo había visto muchas veces, mientras dormía. No quería contemplar a su abuela golpeándose una y otra vez la cabeza contra la alacena. No quería ver a su madre tumbada y ensangrentada sobre la encimera de la cocina. Y, sobre todo, no quería ver cómo esas tres mujeres se abalanzaban sobre su cuerpo para

acabar con su vida. Hasta ese momento no había pensado que sus pesadillas le pudieran estar mostrando la realidad.

3

Al aparcar en el hospital, en lo único que pensaba Samuel era en tomarse un café y comer algo. Había despertado con un hambre que se había visto acrecentada, sin duda, por los efectos del cannabis. Pero al llegar se había encontrado con su jefe, que le pedía que empezase a trabajar cuanto antes. Tenía que trasladar uno de los camastros de la habitación cuatrocientos seis. Cuando entró se encontró con Jaime, el enfermero.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Samuel.

—Lo han encontrado tirado en el patio de unos vecinos, había perdido el conocimiento.

—¿Está bien?

—Está sedado, llevan haciéndole pruebas desde el sábado. No ha dicho una palabra.

—¿Y por qué está aquí la policía?

—Tío, ¿no te has enterado de nada? —El enfermero miraba a Samuel sorprendido—. Ha salido en las noticias. Cuando fueron a su casa a avisar a sus padres se encontraron a la madre y a la abuela muertas. Mucha sangre. Fer, el de la morgue, me ha contado que tenían cortes por todo el cuerpo.

—No sabía nada, he estado un poco desconectado. —A Samuel le parecía haber visto algo en las noticias en algún momento del fin de semana, pero no lo recordaba con claridad—. ¿Y el padre?

—El padre estaba trabajando cuando pasó, lo tienen en la comisaría. Ayer escuché que el policía le decía a uno de los médicos que podría ser un ajuste de cuentas.

—¿Por algo de drogas? —preguntó Samuel.

—No sé, puede ser... ¿Has visto los dos maromos que estaban sentados en la sala de espera? —dijo Jaime.

—Sí.

—Trabajan para el padre, dicen que son sus «asistentes». A saber, pero parece que no les basta con que esté por aquí la policía.

—Ya veo. ¿Qué edad tiene el chaval? —preguntó Samuel.

—Diez u once años, no más.

—¿Cómo se llama?

—Pablo.

—Pobre —dijo Samuel.

—Sí, pobre —repitió Jaime.

—¿Y dónde ha pasado todo esto?

—Me han dicho que en la zona del campo de golf, donde los chalés que dan directamente al mar. Son gente de dinero.